



Autora: Anna Tardos

Una mirada de soporte o unas palabras amables que tranquilicen también pueden cumplir esta función de refuerzo: «¡Qué agujero más grande has hecho en la arena!», «¿No pesará mucho esa carretilla tan llena para empujarla?», «Veo que la muñeca tiene una comida buenísima», etc.

No eludir la participación es una expresión inmediata del reconocimiento del juego. El niño que va a comprar con su cesta imaginaria, se detiene ante la educadora y pone en su regazo las provisiones invisibles. El niño que le da de comer a la muñeca también le ofrece a la educadora, o el niño que pasa zumbando, se para delante de ella y le dice que suba al autobús. Todo eso es señal de confianza. El niño lo hace con la confianza de que no le negarán la participación. El hecho de que juguemos con él, le produce satisfacción, le refuerza el placer de lo que hace.

¿Cómo podemos ayudar a los niños que no juegan?

Hasta ahora hemos hablado del niño que juega. La situación es más difícil si un niño no juega, si se mantiene en silencio, pasivo, si solo observa. O, por el contrario, si lanza con violencia los juguetes, corre por la clase o no puede concentrarse en ningún juego. Sería injusto esperar que los niños jueguen siempre «tranquilamente», que nunca tengan unos minutos o momentos en que vayan pensativos de un lado a otro o que corran aparentemente sin objetivo. Pero hay niños que tienen estos comportamientos durante todo el día o durante todo el rato de juego: no se implican en el juego, son incapaces de hacer una actividad con buen humor.

Para ayudarlos intentemos proponerles un juguete que corresponda a sus intereses, a sus gustos. A los niños a quienes les gusta correr no debemos proponerles un libro de imágenes sino más bien una pelota para que la chuten. Al niño que se aísla, al que se sienta o duda, quizás una muñeca



Autora: Anna Tardos

blanda, que, con su apariencia frágil pero amigable, le ayudará a ponerse a jugar.

De vez en cuando, podemos dar ideas a los niños:

- Por ejemplo, proponerles que barran con su escoba las hojas secas, o la nieve, en invierno.
- Cuando están chapoteando, que laven los cacharritos o los vestidos de las muñecas.
- Que recojan en un cesto o en un camión de juguete piñas o castañas, etc.

Si proponemos a los niños actividades útiles, resulta más natural si les damos la posibilidad de unirse a la actividad de los adultos. Por lo tanto, la educadora empezará a barrer las hojas secas, o a lavar la ropa de las muñecas y propondrá a los niños que se añadan.

Si la educadora juega con los niños, tiene que vigilar siempre no ser el personaje principal del juego y los niños actores secundarios o figurantes. Para la educadora a quien le gusta jugar, a menudo no le resulta fácil hacerlo de manera que los niños sean los más activos, que sean ellos los que jueguen, en primer lugar, y no ella. Esta, con su saber y autoridad, se convierte fácilmente en la animadora, ya que es ella la que construye más deprisa y más hábilmente que todos la torre magnífica, o la que, con el estetoscopio ausculta a las muñecas de los niños. En estos casos, el niño se vuelve cada vez más pasivo cerca de la educadora que juega el papel principal: con la educadora que ausculta a la muñeca de forma muy «profesional», él no puede «participar». Juntamente con los compañeros, se limita a mirar el juego de la educadora y se pone muy contento cuando le toca a su muñeca y le prescribe una manzanilla. En este caso, el juego de los niños se disgrega completamente cuando la educadora les deja, mientras que sería deseable todo lo contrario.

Un trabajo útil que el adulto propone a los niños habitualmente tiene éxito si lo realiza con ellos, a su lado, como «iguales».



Autora: Anna Tardos

Si proponemos un juego, tenemos que procurar que no haya elementos que los niños todavía no sepan utilizar de forma autónoma. No les propondremos hacer flanes de arena con moldes, o desnudar a las muñecas antes de acostarlas en la cama, si sabemos que los niños de un año y medio o dos años, en general, no saben hacer flanes (o que la arena se queda pegada en los moldes, o que sale sin forma), o si sabemos, por experiencia, que no saben desabrochar los botones minúsculos del vestido de la muñeca, o que incluso a nosotros nos cuesta quitarle el vestido a causa de la rigidez de los miembros de la muñeca.

Cuando les proponemos estas actividades y nuestra propuesta les gusta, están obligados a recurrir a nuestra ayuda, a pedir nuestra cooperación, simplemente porque no lo pueden hacer solos. Les gustaría hacer flanes de arena, pero no les salen, les gustaría desnudar a la muñeca, pero no lo consiguen. Así, en lugar de haber enriquecido su juego autónomo, les hemos incomodado y los hemos hecho dependientes.

Sea cual sea el consejo que les damos o la propuesta que les hacemos, nunca ha de tratarse de una orden; así preservaremos el carácter lúdico del juego. Si el niño tira arena al pelo de su compañero, detenemos esta especie de juego con voz decidida. Si, en cambio, el juego del niño respeta todas las normas de comportamiento, pero nos parece que le podríamos ayudar con nuestras palabras, ofreciéndole un juguete, o añadiéndonos al juego, es necesario que nuestro comportamiento exprese el respeto por lo que hace: el juego es su mundo. Que esté convencido de que no damos órdenes, que ni siquiera queremos que acepte nuestras propuestas o que responda a nuestro gesto: que en su mundo del juego en cualquier momento puede rechazarnos, nosotros lo observamos, pero nuestra presencia no tiene que distraerlo de su actividad. Este comportamiento también expresa que nos tomamos en serio su juego y, sin exagerar, incluso podemos decirle que lo respetamos.